

Pues ¿de qué sirve un varonil denuedo,  
Sino para domar estos precisos (1)  
Afectos naturales?— Si se opone  
El pecho á los aceros enemigos,  
Es proeza que el infimo soldado  
A cada paso emprende (2). El gran caudillo  
Algo más ha de hacer si á gloria aspira;  
Cuéstele el nombre de héroe sacrificios.  
«Mas ¿cuáles serán éstos? El soldado  
Que, de su fiel esposa y de sus hijos  
Tiernamente abrazado, se separa,  
Y corre presuroso y atrevido  
A ofrecer sin ninguna recompensa  
Por la patria su vida, único asilo  
De sus míseros hijos y su esposa,  
Si bien lo contemplamos, es lo mismo  
Que la perra de presa, que abandona  
Sus amados cachorros y en el circo  
Intrépida se arroja al bravo toro,  
Sin contemplar primero en el peligro;  
Mas el valiente capitán que aspira,  
Cuando sirve á su rey, al heroísmo,  
Primero de emprender una fazaña  
Se apartará del militar bullicio;  
Como quien hace exámen de conciencia,  
Pesará en la balanza de su juicio  
La suma de los males ó los bienes  
Que le han de resultar de positivo  
De seguir el honor ó la ignominia,  
De ser hombre de bien ó ser un pillo;  
Y de tan nobles dudas contrastado,  
Su palpitante corazón invicto,  
Ya se cierra, ya se abre, ya se oprime,  
Ya se ensancha, ya, en fin, lo mismo mismo  
Que la tímida oruga, que se arrolla  
Y se hace una pelota cuando un niño  
Por juguete la toca y queda inmóvil  
Hasta que al fin, cesando su conflicto,  
Ya respira, se mueve, desenrolla,

hlicó en Madrid un *Discurso confutativo*, en el cual se defiende contra Urquijo la ópera italiana, y se critican algunas de las nuevas obras dramáticas, y entre ellas, el *Guzmán de Iriarte*. El autor del *Discurso* dice, citando estos versos: «Aquí no veo sino un ambicioso que sacrifica su hijo por la fama que dará á la nación semejante sacrificio y por la gloria que reportará á su descendencia. Esto quiere decir que si uno de sus antecesores hubiese hecho otro tanto, nadie hubiera podido aguantar su orgullo, haciendo lo que el grajo, que se vistió de las plumas del pavón, y con ellas andaba muy ufano.» Tiene razón el autor; el sacrificio es demasiado terrible, para que pueda legitimarlo otra idea que la idea santa del deber; consentir en él por cualquiera otra menos grande ó menos pura, es cometer una atrocidad. Además, no es éste, por fortuna, el modo de proceder de la naturaleza; un padre que por deber se ve obligado á sacrificar un hijo, en el primer arranque de su cariño paternal maldecir un deber que tan caro le cuesta, aunque se resigne á cumplirlo, y no se está gozando de antemano en el renombre que le dará tal hecho. Y ¿qué le importan al que pierde un hijo de una manera tan trágica, todos los laureles de la tierra? El autor de *Guzmán el Bueno* no tenía hijos ni tenía calor en el alma. Los versos que añade SAMANIEGÓ, criticando este pasaje, están muy en su lugar.

(1) ¿Qué poesía de estilo! Esto de precisos, *precision*; tengo una *precision*; aguardenme ustedes, que voy á una *precision*... me huele... ¿lo diré? A lugar común. (Nota del autor.)

(2) Prosigue en su carga el autor del *Discurso*, mal avenido con el tono de superioridad y distinción que toma en estos versos. La acción de Guzmán, continúa, fué heroica; pero en el soliloquio del señor Iriarte es bárbara y ambiciosa. No es éste el modo de inspirar la virtud y el amor á la patria; no es éste el modo de arrancar, si es posible, la ambición de los pechos humanos, de recordar á los poderosos que los hombres, según la naturaleza, todos son iguales; de mostrar que cada cual debe dar á conocer sus propios méritos y no hacer ostentación de los de sus abuelos; y de persuadir qui la verdadera gloria de la patria sólo reside en la felicidad de sus miembros. Estas deben ser las principales miras del que emprende instruir al pueblo: sin ellas, poco me importa ver en el autor un profundo erudito y un elegante poeta, puesto que no veo un filósofo. Aquí no veo un héroe que, amando con afecto paterno al propio hijo, preñera, sin embargo, su deber; que más que cualquier otro objeto, domine en su corazón la patria, y que siga el dicho de Metastasio:

*La patria è un nume  
A cui sacrificar tutto si debe.*

Por el contrario, veo un orgulloso, un *fantástico*, que trastorna con su moral la mente y el corazón. De otra manera se presenta en la tragedia francesa *Bruto*, que también sacrificó sus hijos á la patria.

Y sigue lentamente su camino;  
Así, ni más ni ménos, ya pasado  
El golpe de sus dudas, el caudillo  
A la difícil cumbre de la gloria  
Vuela, como la oruga á su destino.  
Esto es lo que ha de hacer si á gloria aspira;  
Cuéstele el nombre de héroe sacrificios.»

(Toma aliento y prosigue.)

Pero doy que vivieras, hijo amado,  
¿Cuál sería tu suerte? El ejercicio  
De tu guerrero padre seguirías;  
«Y sin más que imitar su ardiente brío,  
En el campo de Marte ganaría  
Eterna fama tu valor invicto;  
Los fastos de la historia contarían  
Tus heroicos hechos á los siglos.  
Mas ¡ay! que los poetas son los diablos,  
Y estarías expuesto al gran peligro  
De que alguno te hiciese un soliloquio.  
Pues no, mono del alma, no, querido,  
Mejor es que te maten, que te maten.»  
Resuelto está.

(Con afición.)

Mas ¡ay! mueres cautivo;  
Mueres en tierna edad, solo, indefenso;  
«Y sería mejor, más divertido,  
Que murieses en bulla entre nosotros,  
Que apeteceamos espirar contigo.»  
Basta, no me enternescas.

(Una pausa.)

Dejando el tono de afición y ternura, se recobra y prosigue con serenidad, como si tal cosa no hubiera pasado.)

¿Cuándo pude

Pronosticarle tan cruel destino?  
Esperaba aprendiese con mi escuela  
A ser un adalid, de cuyo brío  
Se estremeciese el Africa; y España,  
«Tan sólo con la voz de Guzmánillo,  
Consiguiese que, en fuga vergonzosa,  
El miserable enjambre berberisco  
Se arrojase á las aguas procelosas,  
Hasta dejar el golfo levantino  
Como taza de leche, que la cubren,  
Ahogados á millares, los mosquitos.  
Mas, en fin, el mosquito verdadero  
Tú lo fueras sin duda, si tú mismo  
No tuvieras valor de decretarte  
Tal muerte, ó no serías hijo mío;  
No serías Guzmán, que los Guzmanes  
Ya nos cuenta la historia que *ab initio*  
Se han chupado los dedos por matarse  
Por su patria y su rey con heroísmo;  
Y si ha habido Guzmán que así no sea,  
Era un Guzmán de farsa.»

(Con ternura.)

¡Caro hijo!

¿Y podrá ver tu padre desde el muro  
Derramada tu sangre? ¿Tuya, digo?  
¿La suya propia cual si fuera ajena?  
¿Quién? ¿Él?... ¿Podrá ver eso y consentirlo?

(Con resolución y entereza, aumentando por grados la fuerza de la voz.)

Podrá, si es noble, si es pundonoroso,  
Si arrestado, si fiel, si buen patricio.

(Aumentando más y más la voz.)

«No podrá, si es plebeyo, si es infame,  
Si cobarde, si infiel, si mal patricio.

(Aumentando la voz todo cuanto permitan sus pulmones.)

Si podrá... ¡no podrá! Pueda ó no pueda,  
Morirá si lo matan.

(Con voz desahogada.)

Mas ¿qué digo?

Aun cuando no lo maten; que la muerte  
De tal modo vendimia los racimos  
De la viña del mundo, que no deja  
Maduro, verde, grande ni chiquito.

Pues si de todos modos vendimiado  
Habrás de ser, ¿qué importa que el cuchillo...  
Si importa; que las uvas, vendimiadas  
Cuando están en agraz, hacen un vino  
Que no hay diablos... Detente, pensamiento;  
Que no sé donde estoy ni lo que digo.»

(Adagio grave.)

Hereda un hijo timbres con la muerte  
De un padre ilustre; aquí con la del hijo  
Un padre los granjea. «¿En qué consiste  
Tan portentoso sin igual prodigio?  
El caso es intrincado; sin embargo,  
O soy un gran camueso, ó di en el hito.  
En que muere aquí el hijo antes que el padre,  
Y no muere aquí el padre antes que el hijo.  
Muere un hijo en la horca, *verbi gratia*,  
Como el padre del muerto quede vivo,  
Hereda los honores del difunto;  
Y *mutatis mutandis*, es lo mismo  
Del padre al hijo que del hijo al padre;  
A no ser que uno de ellos en pollino  
Pasee por las calles algún mártir,  
Pues quedando en tal caso los dos vivos,  
Ambos disfrutan del honor que queda,  
Sin que se lo disputen los nacidos.»  
Y pues esto es así, ¿qué me detengo?  
¿Qué nuevas persuasiones necesito?  
¿Qué dudo? Cuando espíritu me falte,  
«Me alentaré pensando que yo imito  
Al brazo de Balaan, y que su burra  
Es la imagen perfecta de mi hijo.  
Este, tan inocente como aquélla,  
El golpe sufrirá no merecido;  
Lo sufrirá mejor, no hablará tanto  
Como ella habló despues de recibirlo;  
Pero detente, lengua... no profanes...  
Por imitar... (1). Ya basta, que es delito.  
Ea, acabemos pues; y...»

(Suena dentro á lo lejos una trompeta; óyela GUZMÁN sorprendido, y despues de una breve pausa continúa.)

¿Qué escucho?

(Otra corta pausa.)

¿Con que llegó el momento decisivo?

(Perturbado.)

No hay duda; esa trompeta que á lo lejos  
Resuena...

(Casi convulso y manifestando en sus gestos y acciones que tiene la imaginación más exaltada que hasta aquí.)

Esa llamada es un aviso.

(Muy apresuradamente.)

Nuevo mensaje... «de que sale un toro  
Valiente, agarrado y atrevido,  
A decidir mis dudas con sus astas,  
Por mandado tal vez de algún maligno,  
Que atisbando esta escena, le parece  
Que no ha de tener fin tan gran delirio»;  
Pero si tal sucede...

(Con valor.)

«Mi pañuelo,

Mi arrojo, mi destreza con mis bríos  
Se burlarán de la sañuda fiera.»

Vuelve á sonar la trompeta, y GUZMÁN, espantado, hace un movimiento violento como involuntario, y mirando á todas partes ménos á los escalones.)

Otro recuerdo, ¡cielos! Confundido  
En mis tardos discursos, no advertía  
«Que estoy sin talanquera, sin asilo

(1) Lo de la burra de Balaan y esta frase no están puestos á humo de pajas. En este pasaje compara Guzmán el sacrificio que hace con el de Abraham y el de Dios, que entregó su Unigénito por los pecadores. Realmente en el monólogo de Guzmán no era del caso tanta erudición escrituraria, y SAMANIEGÓ, con su natural malicia, la substituyó por la historia de la burra de Balaan. El autor italiano del *Discurso* critica esta inconsiderada confusión de lo sagrado con lo profano, que dice le sorprendió en el señor Iriarte.

Para salvar mi vida, si me aprieta  
El toro en su carrera, no hay arbitrio;  
Si furioso acomete, y yo, sereno,  
Con una y otra suerte no le rindo,  
Me llevará en sus astas por el campo  
El feroz animal al enemigo,  
Así como en la punta de la lanza  
El soldado presenta á su caudillo  
La cabeza del bravo sarraceno;  
Y entonces, ¡ay dolor! ¿qué es lo que digo?  
¿En la punta de un cuerno, por juguete,  
Han de ver á Guzmán los berberiscos?»

(Adagio con sordinas, y el teatro casi á oscuras. GUZMÁN, lleno de terror, en voz baja y misteriosa, mirando á todos lados, continúa despacio.)

Las sombras de la noche se apresuran;  
El sol ya en el ocaso... No hay arbitrio.  
«Las gallinas se acuestan, y los gatos  
Todos van á ser pardos. De sus nidos  
Las lechuzas saldrán, y de los templos  
Apararán las lámparas... Los chicos,  
En camisa, de pie sobre sus camas,  
El aire azotarán con los vestidos  
Por matar al murciélago que vuela  
Dentro del aposento.»— Mas si el hijo  
Entrego, de pesar muero igualmente,  
Aunque con honra. ¡Sarraceno inicuo.  
Si acaso á tu barbarie faltan armas,  
La mía te las da (2), porque me indigno  
De que mi sangre tiña y ennoblezca  
Aceros viles.

(Desenvaina prontamente el cuchillo.)

Este que yo ciño,  
Enseñado á vencer, sea instrumento  
De mi mayor victoria.

(Da algunos pasos hacia un lado del foro, y grita, haciendo señas con un pañuelo, de modo que ni le oigan ni le vean, por no dar lugar á que venga alguno y se pierda la unipersonalidad.)

¡Ah de los míos!

Corresponded á la señal del campo  
Marroquí.

(Despues de un rato de silencio, suena un clarín tan cercano, que se conoce lo tocan dentro del castillo, precediendo á esta llamada, un redoble de atabales. GUZMÁN corre mirando atrás, trepa por los escalones, y cuando se contempla seguro dice.)

Firme estoy en mi designio.

(Con un súbito rapto de furia.)

Y ¿por qué, despechado, no convierto  
Este hierro fatal contra mí mismo?  
Terminarán mis ansias.

(Dejando caer de la mano el cuchillo.)

¿Qué pronuncio?

Absurda sugestión... ¡Yo desvario!  
Recurso de almas débiles. ¿Adónde  
Me arrebató el furioso torbellino  
De mis pasiones? «Mas ¿acaso tengo  
Pasiones yo? Podré... podré decirlo,  
Mas nadie lo creerá. Sobreviviendo  
Al toro que yo mate, califico  
Más bien mi intrepidez.» ¿Qué meditaba?  
Un crimen más infame que el que evito (3).

(Recoge el cuchillo.)

Vamos; me sobra aliento... subo al muro.

(Mientras se toca una marcha, continúa GUZMÁN en subir los escalones del muro, y mirando desde lo alto, como á descubrir el toril, que se supone haber á poca distancia del muro, clama en tono fanfarrón.)

Acércate y atiende: «Clarincillo,  
Y seas quien quisieres», tu amenaza

(2) ¿Mi barbarie? No es esto lo que debió decir Guzmán al arrojar el cuchillo. (Nota del autor.)

(3) ¿En qué quedamos, amigo Guzmán? ¿es crimen dar un hijo por la patria? Pues entonces á entregar la plaza; puesto que con matarse no se evita que los moros maten al hijo, si les tiene cuenta. (Nota del autor.)

No rendirá mi esfuerzo ni mis bríos;  
«Voy á dar ocasion en que desfogue  
Su brutal furia tu animal bravío.»  
Asómbrete mi accion, de ella colige  
Si es cobarde Guzman, y si has creído  
Que intimidarle era posible, pierde  
Toda esperanza ya. «Echa, maligno,  
Echa de ese toril, sin más tardanza,  
El feroz animal, el más temido  
De valiente andaluz»; y porque veas  
Que nada en mi defensa necesito,  
Y temas mi valor, toma en respuesta  
«El estoque y pañuelo que te tiro.»

(Arroja el pañuelo y el estoque del muro al campo; luego, al són de un adagio lento, baja algunos escalones, desalentado, con muestras de horror, y sin osar pasar más adelante, prosigue, desde una altura conveniente á su seguridad, variando de tonos, según los diferentes grados de miedo ó de valor que le ocasiona su locura y expresa: en los versos.)

Echada está la suerte... ¡Ahora tiemblo!  
¡Con razon, aunque tarde, me horrorizo!  
¡Cómo! un pavor... (no lo creyera) un pasmo...  
¡No soy dueño de mí!... ¿quién me da auxilio?

(Cobrando aliento.)

¡Tanto vigor, y ahora tal flaqueza?  
¡Me pesa de mi arresto? No; le admiro (1),

(1) Hé aquí estos periodos en el soliloquio de Iriarte:

«Me pesa de mi arresto? No; le admiro,  
Le apruebo, y muy de veras... mas ¡soy padre!  
(No he dicho bien; lo fui; ¿por qué reprimo  
El justo llanto? Con la sangre cumplo  
Mi amor; que con la patria ya he cumplido.»

Ocasion era ésta de admirar él mismo lo bien que habia cumplido. Tenia razon el Confutator en decir que el Guzman de Iriarte era un fanfarron, que sacrificaba su hijo á la vanidad.

Lo apruebo, y muy de veras. «Soy torero;  
No digo bien, lo fui; que desde niño  
Todo español que con su sangre cumpla,  
Ha de ser con los toros atrevido.  
Pero ¡qué impulso es éste que me lleva  
Hacia el muro? Tal vez estará listo  
Para salir el arrogante toro.»  
No sosiego hasta verle; yo me animo,  
Apúrese el veneno.

(Vuelve á subir las gradas que bajó, entre tanto que la orquesta toca un *tango* muy triste con sordinas y flautas; desde allí, con los más expresivos indicios de miedo, observa lo que pasa en el toril. Baja algunos escalones atónito, y cubriéndose los ojos con ambas manos, déjase caer en uno de ellos, como postrado de la congoja, y con voz angustiada y palabras interrumpidas dice, acompañándose de la música.)

«¡Atroz brutazo!»

¡Curiosidad funesta! ¡Ay! ¿Qué he visto?  
«¡Qué montaña de carne! ¡Qué fiera!  
¡Qué frente tan rizada! ¡Qué bufidos!  
¡Cómo escarba la tierra! ¡Qué lomazos!  
¡Qué ojos de Satanás! ¡Qué cerviguillo!  
¡Qué par de horribles cuernos aguzados!  
Yo los vi; sí, señores, ¡y aún respiro?  
Esto ya no es vivir, Guzman cobarde,  
Que tan de lleno el miedo te ha cogido;  
Pide á nuestros dramáticos poetas  
Que aspiren á ser gente de juicio;  
No imiten Pigmaliones ni Guzmanes;  
Que al que charlaba á solas en lo antiguo,  
Luego que llegó el diálogo á la escena,  
Lo arrojó del teatro, corregido.»

(Con acento y ademanes de desmayo.)

Y que (la voz me falta) ¡oh teatro! ¡oh teatro!  
Cedo al dolor de ver tus autorcillos.»

(Cae el telon.)

FIN DE LAS POESÍAS DE DON FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

## DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

### NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

Distinguióse el último tercio del siglo próximo pasado por el notable movimiento literario que se desarrolló, no sólo en la capital de la monarquía, sino tambien en otros puntos del reino, figurando entre ellos en primera linea la ilustre ciudad de Salamanca; que si es cierto que sus sabios no brillaban en los consejos de Europa, por haber descendido España del elevado rango que alcanzó en tiempos mejores, cuando era árbitra de los destinos del mundo, no lo es ménos que desde los últimos albores del siglo de oro de nuestra literatura, nunca hasta entónces habian resonado en las riberas del Tórmes acentos tan dignos del Parnaso castellano, y que recordaban sus dias más venturosos. Huella profundísima ha dejado en la historia literaria del siglo XVIII la célebre escuela poética salmantina, de la que fué fundador el coronel don José Cadalso, muerto gloriosamente en Gibraltar, y memorable, más que por el valor de sus escritos, por ser docto y feliz maestro de Melendez Valdés, que á su vez lo fué del grandilocuente Quintana y del elegante y castizo Gallego, principal ornamento los tres de su escuela, y á cuyo lado figuran, entre otros, aunque con diferentes merecimientos, fray Diego Gonzalez, don Nicasio Alvarez de Cienfuegos y DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA, objeto de este artículo.

Pocas líneas consagró á su biografía el primer editor de sus obras; y esta sensible brevedad ha motivado que hasta hoy no se haya sabido con seguridad más que el lugar de su naturaleza y la fecha de su muerte, pues tambien se ha incurrido en error en la que se fijó el año de su nacimiento. Pero entre el riquísimo caudal de noticias y documentos inéditos que para escribir la historia de Salamanca reunió con admirable constancia el escribano DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA, hermano mayor del poeta, hemos tenido la fortuna de hallar unas ligeras pero estimables noticias biográficas, escritas por el mismo diligentísimo compilador, que en tan ventajosa situacion se encontraba para darlas verídicas. Ellas nos han servido de guía para hallar las partidas de bautismo y defuncion de nuestro autor, como asimismo su testamento. Con tan fehacientes testimonios é irrecusables noticias, y las que nos suministren las mismas obras del moderno Marcial, trazaremos una breve reseña de su corta y no agitada existencia.

Nació DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA en Salamanca, el juéves 31 de Octubre de 1748, y el 17 de Noviembre fué bautizado en San Martín, por su párroco don José Rodrigo Tesso; siendo su padrino su tío segundo don José Alonso. Fueron sus padres José Iglesias Barrantes, natural de la parroquia de Santa María de la ciudad de Trujillo, y Teresa de la Casa, de la parroquia de San Julian y Santa Basilisa, de Salamanca; «ambos de noble linaje, aunque la pobreza les constituyó en estado humilde», como dice el hermano del poeta (1).

Segun el mismo, estudió su ilustre hermano «humanidades y teología en esta universidad, y se distinguió entre los profesores de su tiempo, que admiraban su raro y peregrino ingenio. Dedicóse á la poesía, y fué muy versado en las letras sagradas, en que hizo profundo estudio. Al mismo tiempo fué diestro músico, tuvo mucha invencion en el dibujo, y fué buen escultor en

(1) Fueron sus abuelos paternos Francisco Iglesias, natural de Montehermoso, obispado de Coria, y María de Rivas, de la villa de Zarzaquemada, del mismo obispado; y sus abuelos maternos, Blas de la Casa, de la villa de Frias, en las montañas, y An-

tonia Alonso, natural de la parroquia de San Julian y Santa Basilisa de Salamanca. (Véase el libro de bautizados de la parroquia de San Martín, folio 44, que principia el 1.º de Marzo de 1744 y concluye el 30 de Mayo de 1784.)